

«LA SANGRE Y LA CENIZA»

de Alfonso Sastre, por el colectivo

El Búho, en la Sala Cadarso

Hace tres lustros, paralelamente a su obra «Oficio de tinieblas», comenzó Alfonso Sastre a escribir «La sangre y la ceniza». En 1966 concluyó esta última pieza. Al año siguiente, estrenaba la primera en el teatro de la Comedia. El drama, inspirado por la persona y el panteísmo místico de Miguel Servet, sería prohibido incluso para su publicación, quedando inédito hasta su edición, en octubre de 1976, como «suplemento» de la revista «Pipirijaina».

Valoración: 8

El colectivo El Búho, cuyo «Noyseck», de Buchneh, dejó huella de magistral entendimiento escénico, asumió la tarea de verticalizar el «Servet», de Alfonso Sastre. Acaba de traerlo a la sala Cadarso después de haberlo paseado por todo el territorio nacional, con permanencias continuadas en la *Sala Villarroel*, de Barcelona, y el *Valencia Cinema*, de Valencia. Lo llevó asimismo a Festivales Internacionales de Teatro en México, El Salvador, Guatemala, Costa Rica, Colombia y Venezuela, representando a España. Quiere decir que el rodaje con que la pieza de Sastre nos llega aparece óptimo. Ello justifica la perfección de la representación: el desentrañamiento de las sugerencias apuntadas por el autor en su texto o desprendidas del propio personaje.

El montaje se encuentra en ese momento de plenitud cuando la obra parece manumitada del autor o al menos en el que éste gustosamente comparte la paternidad creadora con los intérpretes. La investigación histórica y anímica realizada por Sastre discurre acompañada a la del grupo dramático. La figura de Servet se agiganta con un protagonismo social, moral y religioso extraordinario. Voluntariamente, tal vez, se relega el científico. Sabemos que el médico y teólogo ilerdense es el descubridor de la circulación de la sangre, pero lo que prima en el drama —lo que le llevará a pasar de la sangre a la ceniza— son sus proposiciones heréticas. Y aún más que ellas, el odio de otro hereje, Juan Calvino. A Servet se le quema vivo, en Champel, cerca de Ginebra, el 27 de octubre de 1553. Fue atado a una columna clavada fuertemente en el suelo, se le puso en la cabeza una corona de pámpanos untada de azufre y al lado un ejemplar de su libro «*Christianismi Restitutio*».

La vicisitud humana, científica y teológica del sabio español conjuga los alicientes de la aventura con la sensación de la grandeza. Antonio Machado decía—y la cita es del propio Alfonso Sastre— que España es «la tierra de los cuatro miguelés»: Cervantes, Servet, Molinos y Unamuno. El dominio de la técnica dramática por parte del autor concentra, a la perfección, la movilidad viajera del personaje, otorgándole en cada momento la quietud necesaria para el estudio psicoideológico. No olvidemos que esta continuidad caminante produjo un libro clave en la bibliografía *servetiana*: «Miguel Servet en la geografía del Renacimiento», de Eloy Bullón. Interesa ahora enfrentarnos con el tratamiento que Alfonso Sastre le aplica en su drama. Yo veo en él la positiva sombra brech-

tiana, superada incluso. Es difícil no recordar —la época, el problema, el ser ambos personajes víctimas del fanatismo— el «Galileo, Galilei», de Bertold Brecht. No creo que nadie se escandalice si digo que el «Servet» de Sastre me parece superior al «Galileo» del dramaturgo alemán. Al menos al «Galileo» que yo vi representado.

El autor, en este caso, diluye la cultura en la vida, flagela eternas lacras como son la opresión, el fanatismo, la tortura y levifica una pintura donde no se rehúye la lobreguez, pero que no se hunde en la negritud, con rasgos logradísimos de humor, que compensan al espectador de otros momentos en que se remueve en su butaca al considerar la injusticia evocada. La mayor dificultad y el evidente logro radican en ese permanente *distanciamiento-fusión-acercamiento* que Sastre obtiene mezclando planos de la acción histórica con tipos emblemáticos de la persecución en el mundo actual. Su sabiduría de dramaturgo obtiene efectos de prodigiosa naturalidad en estas *mezclas*. Oímos, sin asombrarnos —y aún el ardid nos lo hace más inteligible—, el diálogo entre un agente policiaco de hoy y un perseguido del siglo XVI. El buen gusto del autor universaliza cualquier alusión local, al establecer paralelismos entre la época historialada y la actual. Su crítica apunta dianas certeras, pero, sobre todo, lo que confirma «La sangre y la ceniza» es la maduración de un escritor de pensamiento y un dramaturgo de excepcionales calidades.

Ya sé que decir esto de Alfonso Sastre no constituye novedad, pero el lapso de tiempo transcurrido desde el último estreno del autor hasta el de «La sangre y la ceniza» autoriza a consignarlo. El Búho, con este montaje colectivo, acredita la singularidad de su presencia en la zona más positiva y esperanzadora del teatro español. Justo es criticar los nombres que intervienen en esta soberbia realidad escénica de la sala Cadarso, a saber: Juan Margallo, Gerardo Vera, Abel Viton, Petri Martínez, Juan Antonio Díaz, Luis Matilla, Santiago Ramos y Pedro Ojesto. Necesidades de representación obligaron a El Búho a acortar —con la supervisión del autor— la obra y a suprimir el epílogo. Los aplausos y «bravos» sonaron insistentemente al final. Entre ellos, saludó el autor. A la sala Cadarso ha llegado —y me alegra, porque su esfuerzo en pro del teatro merece toda clase de ayudas— una obra que despertará la atracción y la polémica.

Julio TRENAS